

MICKAËL CORREIA

Criminales climáticos

**Las multinacionales
que arrasan
el planeta**

Traducción de
Miguel Tomás Sampetro

Introducción

Ahora casi se podría enseñar a los niños en las escuelas cómo va a morir el planeta, no como una probabilidad, sino como la historia del futuro. Les diríamos que se han descubierto incendios, llamas, fusiones que el hombre había provocado y era incapaz de detener. Que era así, que había una especie de incendios que no se podían apagar en absoluto. El capitalismo ha decidido: antes eso que perder su reino.

MARGUERITE DURAS, *Le Matin*, 4 de junio de 1986

Fue un escándalo que pasó relativamente inadvertido. Apenas un puñado de activistas medioambientales protestaron en las redes sociales.

El miércoles 31 de marzo de 2021, los diputados de la Asamblea Nacional francesa comenzaron la tercera sesión de debate parlamentario sobre la futura ley de «clima y resiliencia». Este texto emblemático de la presidencia de Emmanuel Macron se ha promocionado como el que se supone que cerrará, por fin, la brecha que impide a Francia alcanzar sus objetivos climáticos. Tan pronto los representantes se sentaron en el hemiciclo, la noticia corrió como la pólvora por las bancadas. Por la mañana, el presidente de la Asamblea, Richard Ferrand, había decidido censurar cualquier debate sobre la responsabilidad de las multinacionales en el cambio climático. Cerca de ciento veinte diputados —entre ellos cuarenta y cinco de La République en marche (LREM), el partido del Gobierno— habían presentado solicitudes de modificación del texto de la ley para obligar a los grupos industriales franceses a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero, so pena de sanciones económicas. En la actualidad, las empresas tienen carta blanca sobre las emisiones de

dióxido de carbono (CO_2) y no están sujetas a ninguna obligación de transparencia. ¿La razón de este amordazamiento autoimpuesto de los diputados? Según la Presidencia de la Asamblea, imponer reducciones de emisiones a las empresas contaminantes no tendría «ninguna relación, directa o indirecta»¹ con la ley del clima.

Sin embargo, en el mes de marzo de 2021, la ONG Oxfam reveló que las actividades industriales de las multinacionales del CAC 40² nos conducen hacia un calentamiento global de +3,5°C de aquí a finales de siglo: un infierno en la tierra. Por poner un ejemplo, solo la petrolera Total regurgita cada año más gases de efecto invernadero que todos los franceses.³

Al eximir a las empresas de cualquier restricción sobre las emisiones de CO_2 , el Gobierno anulaba el impacto climático del texto. Promulgada oficialmente a finales de agosto de 2021, la ley del clima, vendida por el Ministerio de Transición Ecológica como un «cambio cultural global que hará de la ecología una realidad cotidiana», ha transformado el ambicioso proyecto inicial en un solar en ruinas.

En su estado actual, el texto apenas permitirá a Francia reducir las emisiones de gases de efecto invernadero en unos diez millones de toneladas de CO_2 hasta 2030, cuando debería reducir las en ciento doce millones de toneladas para, al menos, frenar el calentamiento global. Una derrota desastrosa para el clima, una victoria contundente para los defensores del *business as usual*.

All colibris are bastards

Desde que llegó al poder, Emmanuel Macron ha podido desplegar una política de «procrastinación climática» apoyándose en cierta narrativa dominante según la cual la batalla contra

la amenaza climática ha de ser una cuestión de disciplina individual.

Todos, desde Jacques Attali, con sus informes en pro de un capitalismo verde,⁴ hasta Pierre Rabhi, con la fábula del colibrí que «cumple con su parte» al arrojar unas gotitas de agua sobre un incendio, todos afirman que podemos poner fin a la catástrofe actual adoptando gestos «ecorresponsables» en el día a día: tenemos que cambiar nosotros para cambiar el rumbo del clima. Así, ha recaído sobre cada uno de nosotros una «moral ecológica», que nos persuade de que separar los residuos, comprar una cantimplora y sustituir las bombillas por LED es lo mínimo exigible en la lucha contra el cambio climático.

Como paroxismo de estos permanentes requerimientos al esfuerzo individual, el acto ecológico supremo hoy en día es negarse a concebir un bebé. Los llamados *ginks* —*Green Inclination, No Kids*— consideran que, dado el «coste medioambiental» de un hijo (cincuenta y ocho toneladas de CO₂ al año, frente a las casi dos toneladas y media de un coche),⁵ es preferible renunciar a procrear con tal de salvar el planeta. En un mundo en el que todo lo que hacemos está cada vez más cuantificado, optimizado y «tecnovigilado», cada cual está llamado a convertirse en contable de su huella de carbono particular.

Sin embargo, en junio de 2019, la consultora Carbone 4 demostró que si un francés llevase a cabo diariamente una serie de acciones, que fuesen desde pequeños gestos hasta verdaderos cambios en la conducta individual —como no volver a viajar en avión, compartir coche sistemáticamente y adoptar una dieta vegetariana—, tan solo se lograría reducir las emisiones de gases de efecto invernadero alrededor del 25%. Los autores del estudio subrayaban que el impacto de la acción individual no es desdeñable, sobre todo en lo que respecta al

vegetarianismo, pero la conclusión era clara: «Hay que reconocer que ni siquiera un comportamiento “heroico” generalizado podría lograr un descenso suficiente para cumplir el objetivo de los 2°C del Acuerdo de París, que exige una reducción del 80% de las emisiones actuales (en lo que respecta a la huella de carbono)». ⁶ Nacido de la XXI Conferencia sobre Cambio Climático (COP 21) celebrada a finales de 2015, el Acuerdo de París pretende contener el calentamiento global por debajo de los 2°C para el año 2100.

El concepto «huella de carbono» data de principios de la década de los 2000, y fue obra de la agencia de comunicación estadounidense Ogilvy & Mather, contratada por British Petroleum (BP), una de las mayores petroleras del mundo, para promover la idea de que el caos climático no es culpa de las empresas, sino de los consumidores. ⁷

Por supuesto, los «actos ecológicos individuales» pueden alimentar una cierta ética personal, una relación sensible con la fragilidad del mundo que habitamos, pero reflejan, por encima de todo, el triunfo de la lógica liberal dominante: la individualización de la responsabilidad. Del mismo modo que la individualización del derecho laboral y de las pensiones oculta en realidad el desmantelamiento del Estado del bienestar; del mismo modo que el racismo y el sexismo no son el fruto de relaciones interindividuales, sino el producto de relaciones de dominación, construcciones sociales y procesos históricos; del mismo modo, por último, que la violencia de las fuerzas del orden es inherente a la institución policial y no cosa de unos pocos «aislados», el cambio climático no es en absoluto la consecuencia desastrosa de una suma de responsabilidades individuales.

El énfasis excesivo en el comportamiento de los individuos sirve, sobre todo, para hacer invisible la estructura social de la

crisis climática, para ocultar los motores de la conflagración del planeta; sirve, en resumen, para desviar la atención política de los verdaderos sepultureros del clima.

El imperio de los hidrocarburos

En julio de 2017, un estudio pionero arrojó una luz oscura sobre la realidad social del cambio climático. El Climate Accountability Institute, con sede en Estados Unidos, principal autoridad científica mundial sobre el papel de las empresas energéticas en la crisis climática, y el Carbon Disclosure Project, una organización con sede en Reino Unido que estudia el impacto medioambiental de las multinacionales, revelaron que cien empresas eran responsables del 71% de las emisiones de gases de efecto invernadero imputables al hombre desde 1988,⁸ y que más de la mitad de las emisiones industriales mundiales son atribuibles únicamente a veinticinco empresas.

Estas cien empresas son todas productoras de petróleo, gas o carbón. Los tres combustibles son fósiles y, por tanto, no renovables; al quemarse, liberan energía y gases de efecto invernadero debido a su alto contenido en carbono: tanto el petróleo como el gas natural son hidrocarburos, es decir, están compuestos exclusivamente de carbono e hidrógeno.

Aunque tradicionalmente las emisiones se miden a nivel nacional o individual, en 2013, el Climate Accountability Institute creó una nueva base de datos que calcula y desglosa el volumen de gases de efecto invernadero que liberan cada año los mayores productores de carbón, petróleo y gas: se trata de multinacionales de combustibles fósiles que los investigadores han bautizado como *carbon majors*.

«Estamos ante una nueva y poderosa perspectiva —afirma entusiasmado Pedro Faria, director técnico del Carbon

Disclosure Project—. Los datos sobre las *carbon majors* ofrecen una visión de la responsabilidad climática de los productores de hidrocarburos, las empresas que llevan décadas obteniendo increíbles beneficios de la extracción y producción de combustibles emisores de gases de efecto invernadero». ⁹ «Uno de los objetivos de nuestros análisis es desplazar el centro del debate de la responsabilidad individual hacia las estructuras de poder —señala Richard Heede, director del Climate Accountability Institute—. El hecho de que los consumidores emitan CO₂ al quemar combustibles no exime a las empresas de combustibles fósiles de su responsabilidad por perpetuar conscientemente la era del carbono». ¹⁰ Y continúa: «Estos hidrocarburos se producen y se comercializan a sabiendas de que agravarán la crisis climática». ¹¹

1988 no es una fecha elegida al azar por los expertos en calentamiento global: fue el año en que, con la creación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), se reconoció oficialmente el origen humano del cambio climático. Entre 1988 y la actualidad, las empresas energéticas han arrojado más gases de efecto invernadero a nuestros cielos que entre 1750 —en los inicios de la Revolución Industrial— y 1988. Si el ritmo de extracción de combustibles fósiles persiste en los próximos treinta años como lo ha hecho en los treinta anteriores, la temperatura media mundial aumentaría hasta 4°C a finales de siglo XXI, ¹² lo que consumiría, literalmente, el planeta.

Desde que arrojaron la primera piedra desestabilizadora al calmo estanque del clima, el Climate Accountability Institute y el Carbon Disclosure Project han actualizado periódicamente los datos sobre la industria de los combustibles fósiles. ¿Quiénes son, hoy, en este momento de emergencia climática, las empresas pirómanas? Si entre los mayores

regurgitadores de CO₂ se encuentran famosos mastodontes como Shell, Total, ExxonMobil, Chevron y BP, las tres mayores multinacionales «climaticidas» del mundo son poco o nada conocidas para el gran público.

Saudi Aramco, el primer exportador mundial de petróleo, es también el mayor emisor de carbono del planeta: en 2019, el coloso saudí del oro negro eructó 1930 millones de toneladas de CO₂, más de cuatro veces y media lo que emitió Francia en el mismo año.¹³ En segunda posición aparece China Energy, con 1550 millones de toneladas de CO₂ liberadas en la atmósfera, también en 2019: este gigantesco conglomerado chino es la mayor empresa energética del mundo, pero sobre todo es líder en carbón. Y, por último, pisándole los talones al campeón asiático de la hulla, Gazprom: primer productor internacional de gas, este buque insignia de la economía rusa emite, cada año, 1530 millones de toneladas de CO₂.

Saudi Aramco, China Energy y Gazprom. Petróleo, carbón y gas. La siniestra trinidad de los combustibles fósiles. Si este trío climaticida fuese un país, hoy sería el tercer emisor de gases de efecto invernadero, por detrás de China y Estados Unidos.

Boom fósil

Lejos de plantearse disminuir la producción y, menos aún, embarcarse en la transición energética de su sector para responder a la amenaza climática, las *carbon majors* planean inundarnos de combustibles fósiles.

Los científicos advierten desde 2015 de que, para limitar el caos provocado por el cambio climático, habría que dejar bajo tierra el 80% de las reservas de carbón, la mitad de las de gas y un tercio de las de petróleo.¹⁴ Sin embargo, según un estudio

reciente del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, las previsiones de producción de carbón para 2030 superan un 280% el nivel compatible con el objetivo de +1,5°C. Las previsiones para el petróleo y el gas de cara a 2040 están un 40% y un 50% por encima, respectivamente, de los niveles compatibles con un calentamiento de solo 2°C.¹⁵

«A pesar de más de dos décadas de políticas climáticas, los niveles de producción de combustibles fósiles están en máximos históricos»,¹⁶ afirma Måns Nilsson, director del Stockholm Environment Institute y coautor del informe. «Dos tercios del capital invertido en proyectos de producción de energía en 2018 se destinaron al petróleo, el gas y el carbón (es decir, a nuevas instalaciones para extraer y quemar estos combustibles, además de las que ya cubren todo el planeta), frente a menos de un tercio para la energía eólica y la solar»,¹⁷ señala el geógrafo crítico Andreas Malm.

Con el aval de los Gobiernos de los países del norte y del sur, Saudi Aramco, China Energy y Gazprom avivan conscientemente el fuego que consume nuestro planeta al trabajar de forma deliberada para aumentar la producción de combustibles fósiles.

La petrolera saudí sigue invirtiendo miles de millones de dólares cada año para extraer y comercializar el oro negro de sus enormes reservas, que equivalen a setenta años de explotación. Desde el Acuerdo de París, a finales de 2015, Gazprom ha aumentado la producción de gas en un 20% y prevé un incremento similar para 2030. China Energy, por su parte, tiene decenas de centrales eléctricas de carbón en desarrollo a lo largo y ancho del mundo y proyecta abrir dos megaexplotaciones mineras en Australia de aquí a 2022.

Al conocer el trabajo del Climate Accountability Institute y del Carbon Disclosure Project, Michael Mann, uno de

los más eminentes climatólogos del mundo, despotricó: «La gran tragedia de la crisis climática es que siete mil quinientos millones de personas deban pagar el precio, en la forma de un planeta degradado, de que unas pocas docenas de empresas contaminantes puedan seguir obteniendo beneficios récord».¹⁸

Violencias climáticas

Saqueo ecocida de las últimas reservas energéticas, *soft power*, corrupción, neocolonialismo, salidas a bolsa, mentiras a la comunidad internacional, investigación tecnológica y aun *greenwashing*... Este libro revela cómo las tres multinacionales más climaticidas del mundo despliegan activamente todo un arsenal de estrategias para mantener nuestra adicción a los combustibles fósiles.

¿Su único objetivo? Seguir engordando su capital con la extracción de recursos tanto de las entrañas de la tierra como de los cuerpos de los trabajadores y trabajadoras. Al obtener cada vez más beneficios con la extracción de combustibles fósiles y con la destrucción de la vida, estas codiciosas empresas fabrican una verdadera bomba climática, e intencionadamente ponen en peligro a toda la humanidad, empezando por los más vulnerables, pues las primeras víctimas de este capitalismo mortífero son aquellos en situación de precariedad, las mujeres, las personas racializadas, las minorías sexuales y de género, los migrantes...

Los afroamericanos están 1,54 veces más expuestos a la contaminación por combustibles fósiles que la población general de Estados Unidos.¹⁹ Estudios recientes, recopilados entre otros por el movimiento Black Lives Matter, han demostrado también que «las comunidades con bajos ingresos»

y «las mujeres negras» se ven afectadas «de manera desproporcionada por los riesgos para la salud relacionados con el clima».²⁰

«En Estados Unidos, el 40% de los jóvenes sin hogar se definieron como LGBTQI+ en 2014. Esto significa que, en caso de altas temperaturas, de incendio, de inundación se encuentran “en primera línea de batalla” —afirma el periodista Cy Lecerf Maulpoix—. Ante la crisis climática, la violencia contra las personas LGBTQI+ aumenta debido a la vulnerabilidad estructural preexistente de estas comunidades».²¹

Durante la ola de calor de 2003, Seine-Saint-Denis, el departamento más pobre de la Francia metropolitana y donde los inmigrantes representan casi un tercio de la población, fue uno de los más afectados, con un exceso de mortalidad del 160%.²² Una cifra terrible que se explica por las condiciones de vida de sus habitantes: viviendas superpobladas, viejas y mal aisladas, contaminación del aire, falta de zonas verdes, dificultades para acceder a atención sanitaria, etcétera. Durante las lluvias torrenciales que asolaron Bélgica en julio de 2021, los habitantes de los barrios populares fueron los más afectados. Solo en Verviers, una de las ciudades más pobres del país, hubo una docena de desaparecidos y diez mil personas quedaron sin hogar después de este cataclismo climático.

Las catástrofes climáticas también obligan a desplazarse cada año a veinticuatro millones de personas que viven principalmente en los países del Sur global, y cada vez son más los migrantes que tratan de llegar a Europa huyendo de territorios que el calentamiento global ha convertido en inhabitables. En el verano de 2021, cuatrocientos mil malgaches sufrieron una hambruna considerada «la primera de la historia moderna causada enteramente por el cambio climático».²³ Sin embargo, el habitante medio de Madagascar

emite cien veces menos gases de efecto invernadero que el estadounidense.

«Cualquier acción que retrase la congelación de una parte de las reservas fósiles y cualquier emisión que nos lleve a superar el umbral de los +2°C deben tomarse, ahora, como lo que son: actos que amenazan la seguridad de nuestro planeta y llevan en la conciencia víctimas y sufrimiento humano —escribió en 2015 Christophe Bonneuil, historiador de la ciencia y director de investigaciones del CNRS—. Estas emisiones incontroladas de gases de efecto invernadero merecen calificarse de “crímenes”. [...] Ya no es aceptable que particulares y empresas se enriquezcan con actividades climáticamente criminales».²⁴

Esta obra, fruto de una investigación de dos años, revela cómo los faraónicos planes de Saudi Aramco, China Energy y Gazprom para prolongar nuestra dependencia de los hidrocarburos los convierten en auténticos criminales climáticos. A lo largo de las siguientes páginas, este libro pone en evidencia los círculos de poder político y económico que hay alrededor del núcleo del «capitalismo fósil» y que nutren continuamente el infierno climático, desde la intimidad de los clubes privados de Nueva York hasta los palacios con aire acondicionado de Riad, desde las reuniones del Foro de Davos hasta los silenciosos pasillos del Kremlin y las salas de negociación de los bancos de Pekín.

Esta investigación rastrea los oleoductos que atraviesan las estepas siberianas y el desierto saudí, sigue a los cargueros de la industria de los combustibles fósiles que surcan los océanos, desenmaraña la red de infraestructuras depredadoras tejida a lo largo y ancho del globo por las empresas climaticidas. De entre el infierno de las minas de carbón en el corazón de China, las monstruosas refinerías del mar Rojo o

los laboratorios *high-tech* de Boston, aparecen también, en ocasiones, la lucha de los trabajadores indonesios, las acciones de bloqueo de los activistas medioambientales rusos o la revuelta contra el carbón de los campesinos kenianos.

Pero es mucho más cerca de casa, en pleno corazón de París, donde comienza esta historia: porque estos criminales climáticos han echado, los tres, raíces firmes en Francia...